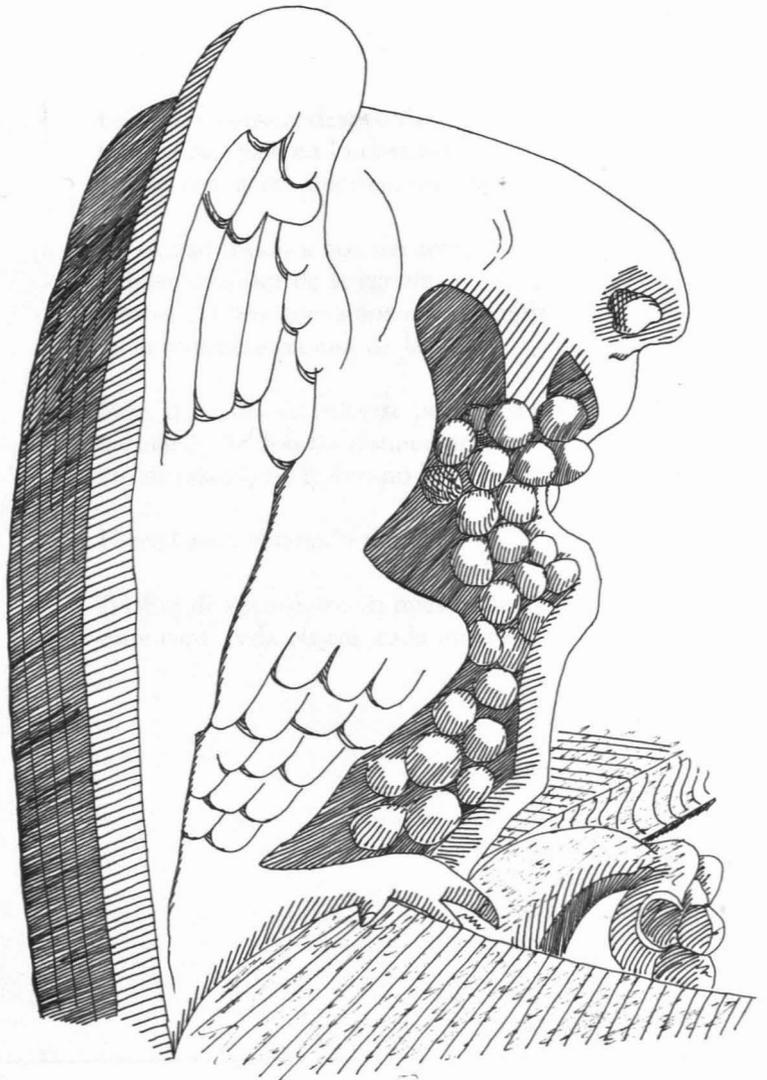


ANDRÉS B. PALMIS
P

POESÍA



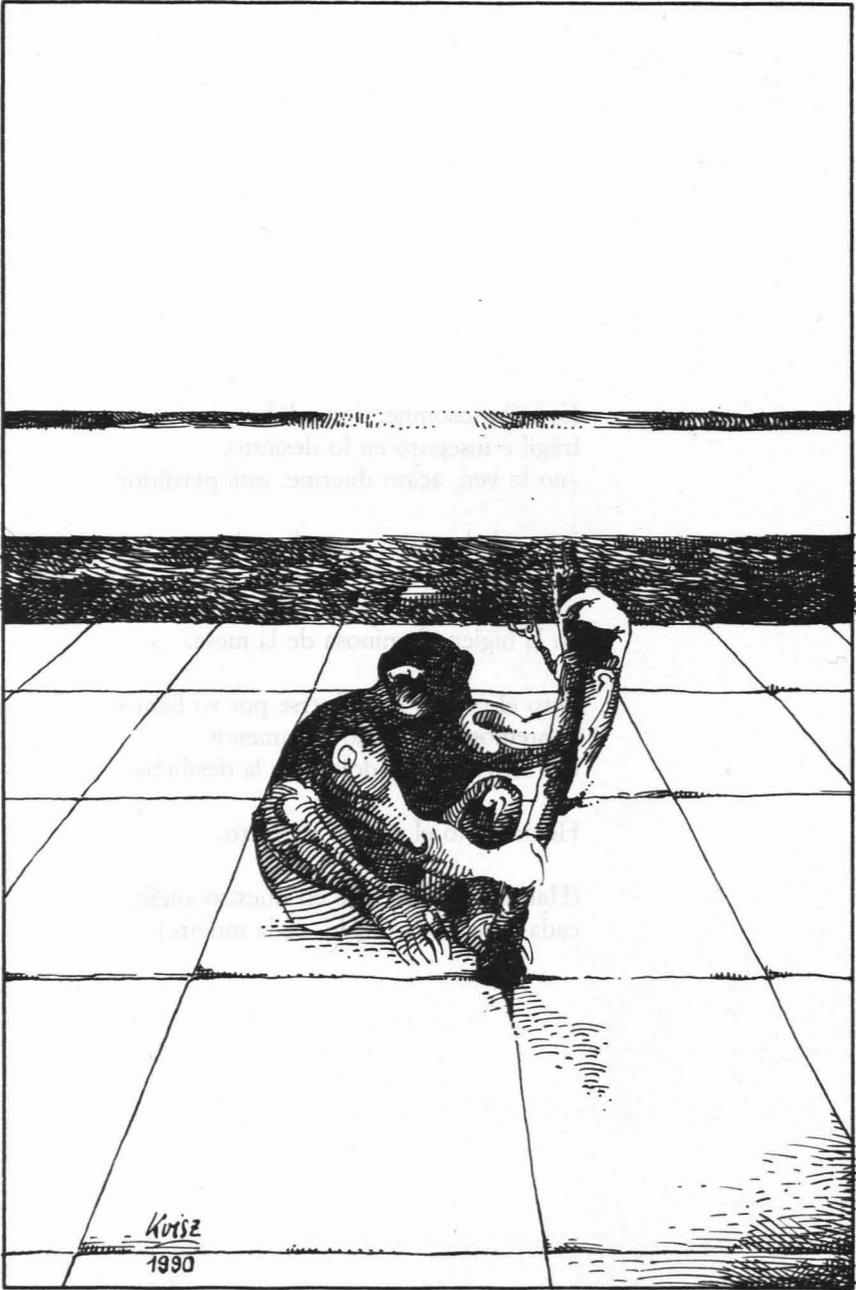
Epitafio insomne, despedida;
frágil e inseguro en lo desierto,
¿no lo ven, acaso duerme, está perdido?

La ciudad traidora nos devuelve
el hálito del pez de la agonía
y entonces nos quedamos para siempre
en la higiene luminosa de la mesa.

Pero el pez ha de volverse por su llanto:
habremos de llorarlo justamente.
No venganza, no dolor, no la desdicha:

Hemos roto el círculo perfecto.

(Habrá de recordarse en nuestro sueño
cada caza, cada olvido, cada muerte).

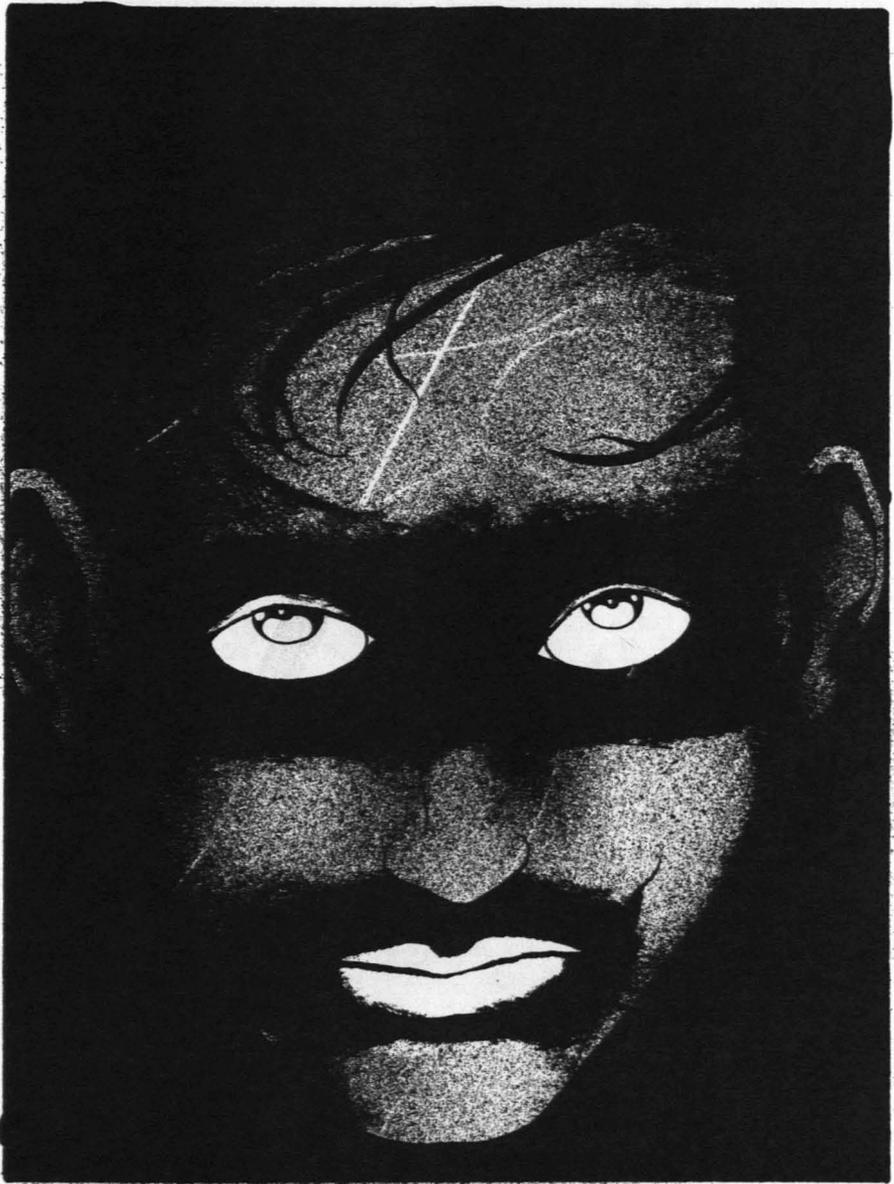


El ángulo perfecto, más duro y prolongado.
Pacífico por nombre, hierro en cada noche.
Pálida nostalgia de un mar más señalado:
origen de la fuerza, del templo del lenguaje.
En él mi nacimiento del aire ya extendido:
Pacífico, palabra que busca su palabra.
Imagen del error, del sueño convencido.

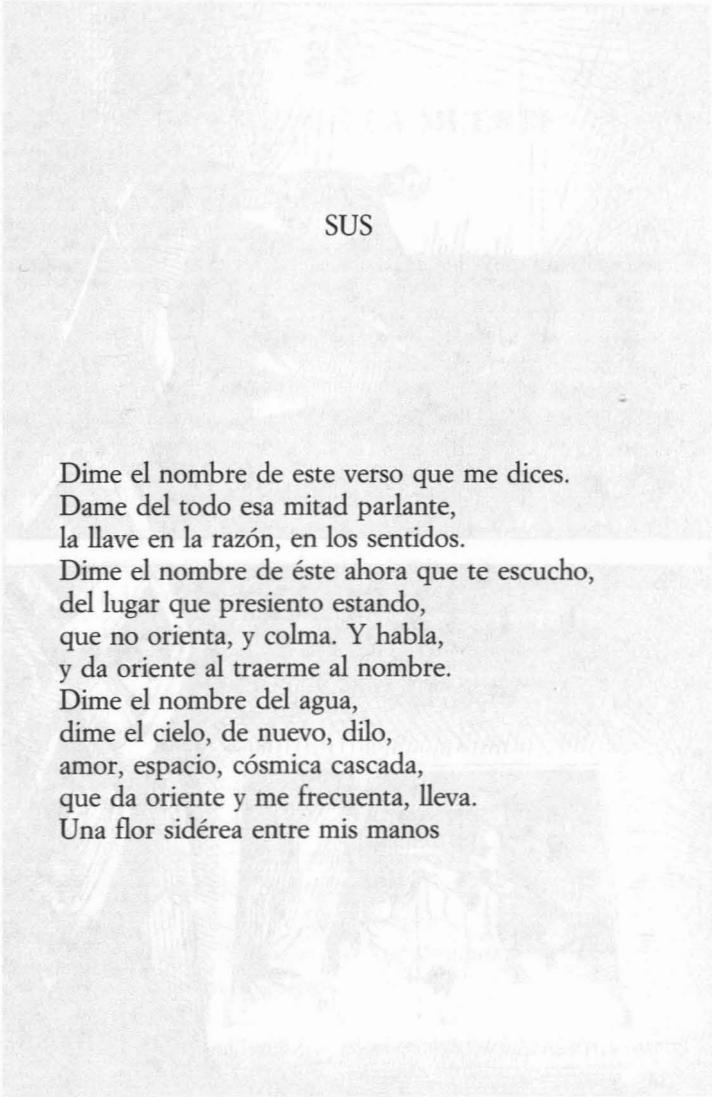
Mar sin navegantes que encuentren el desierto.

SILENCIO (FELINO)

¿Por qué intentar asir aquella majestad y felinidad,
aquel crepúsculo o silencio cruzando con pies persas?
Siempre abandonando, siempre entregándonos
a la lencería fría de los zafiros, a su soledad ciega.
Tren que va dejando un rastro de rosas como huellas
(el horizonte cubre pétalos con su seda sepulcral),
es callada espuma que ya se retira, proa fugitiva
o cadera navegando al satén y los perfumes,
pestañas de mirada marina que ignoran mi lágrima
por su partida, por su pasión de beber lontananzas,
olvidando copas talladas en niebla que rebosan tristeza...

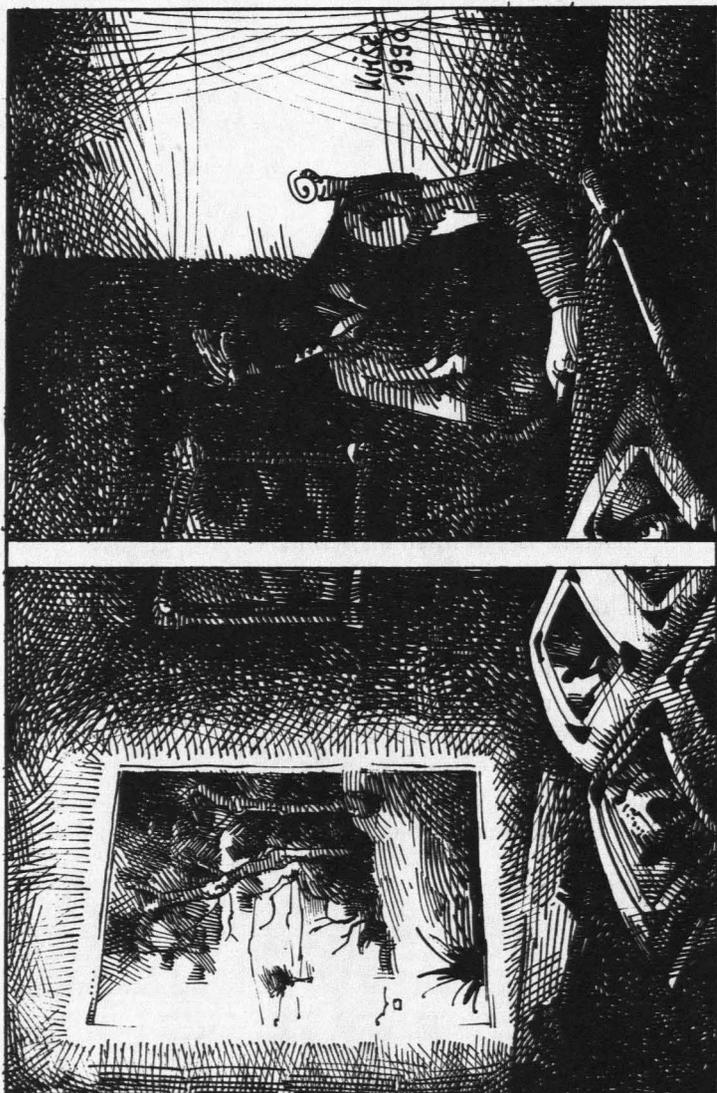






SUS

Dime el nombre de este verso que me dices.
Dame del todo esa mitad parlante,
la llave en la razón, en los sentidos.
Dime el nombre de éste ahora que te escucho,
del lugar que presiento estando,
que no orienta, y colma. Y habla,
y da oriente al traerme al nombre.
Dime el nombre del agua,
dime el cielo, de nuevo, dilo,
amor, espacio, cósmica cascada,
que da oriente y me frecuenta, lleva.
Una flor sidérea entre mis manos



DÍPTICO DE LA MUERTE

I

LA VOZ DEL OTOÑO

DE nada nos sirve coleccionar bellos instantes
en un álbum,
cruzar esperanzados las vastas calles de la vida,
o buscar el amor y la belleza.

De nada nos sirve creer que alguien
atravesará la puerta mágica de nuestra casa,
o estimar que los grandes ideales
nunca caen vencidos.

De nada nos sirve pensar que,
como la voz de un otoño,
nuestros pasos, torpes y pródigos,
ulularán entre las ramas
desnudas de los árboles,
o en la lejanía de las pasiones:
—amarga llave que no logra encajar
bien nuestros golpes—.

Recordando a J.M.G.D., Garabay.
Filósofo ebrio y marginal.
«In memoriam».

II

ACERCA DE UN PUÑAL QUE APARECIÓ EN
UN ARCÓN VIEJO, Y QUE MI PADRE GUAR-
DÓ DURANTE MUCHOS AÑOS EN EL CA-
JÓN DE SU MESILLA DE NOCHE, Y DE
DONDE YO LO TOMÉ.

APARECIÓ en un viejo arcón de madera de caoba
este viejo puñal.

Cuando lo observo me recuerda
con insistencia la muerte;
pero la verdad es que nunca lo temí,
y desde entonces siempre me acompaña.

Es antiguo como el tiempo,
largo y estilizado su filo como la memoria.
Él podría poner fin a mi vida,
y así llevarme, de una vez,
al silencio de los que cumplieron.

Por de pronto me anuncia
que los días son perecederos,
y que no lo es el infierno o la gloria
en que, por mi voluntad o sin ella,
me sumiré.

UNA CHICA A LO MARLENE DIETRICH

DICES que apenas crees en el amor,
tendrás tus razones, no lo dudo;
pero me has hablado tanto
de un «foulard» rosa que olía a Chanel 5
bajo la lluvia de una terraza,
de aquella chica, rubia platino a lo Marlene Dietrich,
que desnuda entre las sábanas te tarareaba
una canción extranjera que por aquellos días
se oía en todas las radios de la ciudad.
Dices que a menudo recuerdas la densa humareda
del Santa Bárbara, el mejor antro de la noche,
la música y el billar en aquel rincón
extraño y sugestivo.
Oh, sí, lo olvidaba; había algo de sus labios
en las desnudas copas de anís
cuando tú te jugabas la vida a tres bandas.
Y conociste la tristeza el último día
—me lo has repetido tantas veces—
porque ella, infiel, se alejaba
una fría mañana de invierno
en un tren que rasgaba la niebla;
mientras, tú olías un pañuelo bordado
que horas antes habías escondido
en un bolsillo de tus pantalones.

Koiz
1990



ESTUDIO DE TIEMPOS

Cada instante una gota eterna,
una vida, un parpadeo,
un vals con la Luna,
un encontrarse, un donear el secreto,
un ser un charco roto, una locura.
Redonda como la vida.

He visto bajo el reloj y el Sol de arena
la impiedad en el lugar del juicio,
la iniquidad en lo justo,
mas la Tierra se afana siendo estable.
Nace el Sol y se pone y, de allí
naciendo, declina después hacia el Norte,
igual que el hombre.

¿Y los tiempos?
Tiempos de derribar y reir
Tiempos de luto y de gala
Tiempos de callar y ser callado
Tiempos de guerra y de paz
Tiempos de repetir, querer probar
y enjaular,
Tiempos de tempaar.

Tranquilos pensamientos en esta hora.
Al percibir la ofensa, el alma falsa
y el corazón traicionero ¿qué pensar?
¿qué al amar y al besar?
¿qué por vivir?
Sonreír de ira, cantar de amargura,
buscar,
buscar el tic-tac.

Carcoma, senectud y moho.
Belleza medúsea, áspid tierna
¡invierno, invierno!
desnudo fémur.

Encontrar en el pretexto de la cólera
la fuerza, endulzar con la vergüenza
la mentira. Así es la Tierra.
¿Está decrepita la Tierra?
No se habla de otra cosa
en los pudores del arpa.

¿Qué es del hombre?
Su destino habla.
Cae más historia que agua.
Cada uno es pronto infalible
de su improbabilidad.
Sin embargo,
el hombre se repite.
Agazapado en las páginas
de un libro, tierra adentro
y expectante
puede volver a surgir:
de una titánica paz inacabada
o de la hija del horizonte.

Estampado de lucidez cosmopolita
en su búsqueda biográfica,
juntará los labios
y será
la sombra virtual
de ese otro hombre
que está por vivir(se).

Para J. S.

PENTEÓ

Y de nada, oh joven rey, han de valerte ya tus botas resonantes
de cazador sobre las losas,
porque el Dios de la rubia melena perfumada ha clavado en los tuyos
sus ojos magnéticos de serpiente;
de nada, oh jactancioso, han de servirte tu arrogancia o tu cólera,
porque el Dios, el más terrible y dulce, ha decretado en tí su
venganza,
y ha rumiado en tu oído palabras sin duda aladas, pero que ya han
sembrado la simiente de tu aniquilación.

Ah, sí, terrible es el castigo para aquellos que quebrantan
los designios de los sempiternos
—bien es cierto que tampoco es bastante una vida sin mácula
para asegurarse de ellos,
porque al igual que figurillas de barro o cera en manos de un infante
descuidado,
de igual modo los mortales para el capricho de los dioses,
pero incauto, cagado, el impío, él mismo se teje la red donde ha
de encontrar su final y su ignominia—.

Así que ahora, escucha, escucha desde tus pórticos la brama enloquecida
de tu madre, la reina, y de sus cien doncellas,
míralas, míralas cómo desnudas corren hacia las selvas altas,
con qué frenética delicia arañan, muerden, quiebran y a su paso
desgarran;
envía, envía ahora si te atreves a los soldados de tu guardia para
atajar su furia
y volverán a tí arrastrándose con las cuencas vacías, con los sexos
cortados, con la razón extraviada,
porque habrán visto los secretos que tan solo a los fieles, a los
devotos, les está dado contemplar.
Velos ahí; si hasta los más venerables de entre los viejos sienten que
por sus venas se desliza un deleitoso ardor,
si brincan sin decoro derramando el licor espumoso de sus copas,
girando como trompos,
y entre las breñas su carne macilenta ahora de nuevo resplandece.

Teme tú, pues, la ira de este numen de trenzas innumerables, cuya
paciencia ha colmado tu demasía;
no fíes, no, de su porte femenino, de sus ojos oscuros que parecen
cargados como por un blando sueño,
de sus espesas pestañas lánguidas, de la indolencia que curva su
cintura,
ni de las cintas coloreadas de su atavío, ni de las húmedas guirnaldas
que ensombrecen su frente,
porque en su entraña se aguza la garra poderosa de la pantera,
y la locura que se encierra en una gota tan solo de su vino,
suficiente es para arrastrar a un ejército todo de héroes hasta
el despeñadero.
Vamos, eso, vamos, oh mancebo aguerrido, oh invicto en el combate,
oh pastor de tu pueblo,
desciñe tu cabellera virilmente anudada sobre tu espalda y entrelázala
con violetas y yedra y otras flores de irisadas corolas;
desvístete del bronce, échate sobre los hombros este mantón de
recamada púrpura,
enajorca tus brazos, déjalos que tintineen regocijados en el aire,
tú que de las danzas jocundas habías abominado,
tú que habías prescrito en tus leyes el arte sagrado de las meretrices,
y dibuja entre tus labios un corazón de sangre.

Así, así,

ve ahora sigiloso, contoneándote, confundido entre las danzarinas,
y podrás ver lo que nunca en tu vida imaginaste, allá, en la alta selva.
Ah, espléndida, espléndida ha de ser hoy la caza en la espesura
impenetrable,
entre la fronda se han escuchado rugidos de leones,
pero de nada han de servirte esta vez, oh joven rey, tus recias
botas de cazador,
porque la presa hoy eres tú.